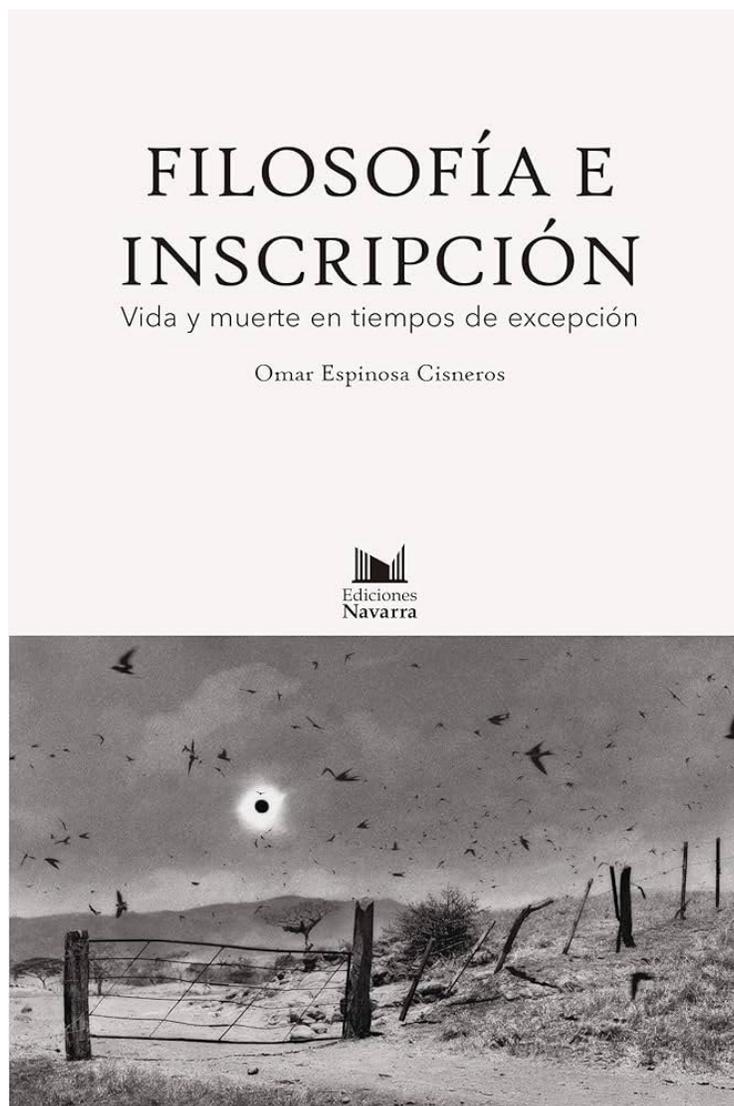


Reseña del libro

Filosofía e inscripción.
Vida y muerte en tiempos de excepción,
de Omar Espinosa Cisneros

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Mexicano. Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo-e: hmarquez@uaz.edu.mx



El libro *Filosofía e inscripción. Vida y muerte en tiempos de excepción*, de Omar Espinosa Cisneros, parte de una premisa ineludible: la filosofía debe ocuparse de la realidad social, más allá del cultivo de formas de pensamiento abstracto que piensan el mundo desde una cierta mirada y distancia, pero sin asumirlo en su mundanidad, conflictividad y cotidianidad. Este aserto es igualmente apremiante para las ciencias (de la naturaleza, de la sociedad y de la vida) y las humanidades, esferas del trabajo cognitivo, intelectual o general, entregadas a ámbitos de conocimiento cada vez más especializados, sujetos al mecenazgo moderno del capital o el Estado, que procuran abonar a la valorización del capital, en desdoro de las necesidades críticas de la población. También lo es para las universidades, a menudo dislocadas del mundo social al que se deben. En esta tarea hay todo por re-hacer.

Al respecto, el cometido principal del libro es indagar sobre el significado de la vida, en la sociedad contemporánea, de la modernidad capitalista. Desde el nivel biológico, la corporalidad viviente y sus componentes fisiológicos y psicológicos; pasando por la vida laboral, donde las relaciones sociales mercantiles determinan una forma de vida generalizada centrada en el trabajo, se trabaja para sobrevivir, se vive para trabajar; hasta una vida más plena donde la cultura, el arte y la política eventualmente pueden animar la pasión por la vida, pero

para ello se requeriría un cambio social sustantivo, más allá de los pequeños islotes de privilegios.

La dialéctica vida/muerte es el molino del ser social y de su reproducción junto con su entorno planetario, donde la vida se alimenta de la vida como parte de su metabolismo social, pero llega al extremo del vampirismo, pues las clases sociales poseedoras succionan la energía vital de los desposeídos hasta extenuarlos y desecharlos. En los regímenes totalitarios o fascistas se ha llegado al extremo de asumir que «viva la muerte», como consigna vital para eliminar al enemigo, limpiar la sociedad y enaltecer una supremacía del poder con arreglo a dogmas de pureza racial, nacional, ideológica o fenotípica. La pérdida del sentido de una vida humana digna en conjunción con el medio circundante es un problema político en tanto supone recuperar la pasión por la vida, y también es un problema económico-político, en tanto amerita restañar la fractura metabólica entre sociedad humana y naturaleza.

Para la mayoría de la población que vive de la venta de su capacidad de trabajo, vivir en la moderna sociedad capitalista es tanto como morir a fuego lento. La capacidad humana de trabajo, la inversión de energía vital que representa la función crítica, creativa y transformadora de la sociedad, se convierte en una mera mercancía supeditada al mando despótico del capital. El trabajador asalariado, del sector formal o informal, es mortificado cotidianamente: explotado, discriminado, humillado, enfermado, desechado, aniquilado. El resultado es la propagación de un sujeto colectivo precarizado que es pobre por estar empleado en las peores condiciones, vive al día, se encuentra atado a patrones de consumo que no puede solventar por sus bajos ingresos, por lo cual tiene que estar endeudado a perpetuidad, no tiene representación política genuina y consiente que políticos profesionales empoderados y enriquecidos digan que hablan y obran en su nombre. Un sujeto sin objeto ni sustancia es un sujeto empobrecido, excluido, mediatizado, alienado.

La teoría del fetichismo de Marx cobra palpante actualidad en el texto, porque en la sociedad se le atribuyen poderes metafísicos a cosas creadas por el trabajo humano: la mercancía, el dinero, el capital, el salario, el Estado. Los productos del

trabajo humano cosifican las relaciones sociales y se usan como instrumentos de dominación. Las estructuras de poder se presentan como inapelables. En definitiva, las criaturas dominan a sus amos. El antídoto es la humanización de las relaciones sociales.

Desde la distancia, el Estado pareciera ser una quimera o un fantasma, sobre todo cuando se detecta el ascenso de los poderes fácticos: las grandes corporaciones multinacionales, los designios de organismos internacionales, la fuerza de grupos criminales. Pero el Estado sigue siendo el poder político central, la estructura de dominación que resguarda los intereses del capital a escala territorial y social. Dispone de mecanismos legales, policiales, militares, presupuestales e ideológicos para cooptar, persuadir, controlar y reprimir a determinados sectores de la sociedad. Se puede asumir que se configura asimismo como una maquinaria política que administra la vida y la muerte. Que ejercita una biopolítica como gestión de la vida con políticas plausibles de sanidad, educación, etcétera, pero también de control, disciplinamiento y dominación mediante la ley, la fuerza policial y castrense, la cárcel, además de la mediación política con esquemas de representación espurios. En el extremo está la necropolítica, como la gestión de la muerte, la guerra, el exterminio. La figura del Estado de excepción no declarado irrumpe como un oxímoron, en el que la excepción se vuelve la regla: lo ilegal, lo informal, lo criminal, son formas que prevalecen o se articulan a la aparente normalidad. Fuerzas paramilitares, ejércitos irregulares, bandas delincuenciales toman por asalto territorios y poblados, imponen un gobierno paralelo y su propia legalidad. En ese marco, la criminalidad no puede operar sin apoyos estatales ni bases sociales de apoyo. La violencia estatal, paraestatal y criminal, hace metástasis social y el sujeto despojado, explotado y empobrecido, se torna en una expresión lacerada de vida desnuda frente a la violencia obscena que atenta contra la sociedad, a la que fagocita.

Por añadidura habría que considerar que la gestión de la vida está en las tecnociencias, con todas las potencialidades y contradicciones que ello entraña: la biotecnología, la biomedicina y la ingeniería genética apuntalan nuevas configuraciones de los organismos vivos, la inteligencia artificial proyecta un exocerebro inoculado en máquinas inteligentes que se comunican entre ellas con la promesa de suplir el trabajo humano, manual e intelectual. La tecnoutopía del transhumanismo imagina cuerpos humanos con vida eterna y el cibernético aparece como un ser humano híbrido potenciado con dispositivos tecnológicos encarnados o extracorporales. El desafío es mayúsculo si se trata de que los sectores subalternos se apropien o al menos sean copartícipes del poder político y del progreso científico-tecnológico.

En ese sentido, la universidad y el trabajo universitario no escapan a la reflexión. Las universidades se han entregado al marasmo burocrático y la heteronomía, agredidas por el poder, no sólo discursivamente sino por la vía de los hechos; en contraste, como parte de

su vocación, las universidades deberían de criticar a los poderes, pero en vez de ello se desconectan de los problemas sociales y están apertrechadas entre sus muros. El trabajador académico se ha convertido en un administrador de sí mismo: es un trabajador multitareas, que tiene que rendir cuentas a diversas instancias, percibe bajos ingresos y prestaciones y tiene que competir por compensaciones salariales y reconocimientos. Además de pugnar por mejoras en el subsidio de la educación pública en todos los niveles, se amerita una revalorización del trabajo académico y, sobre todo, una reinserción de la escuela y la universidad en el complejo mundo social.

La contracara del progreso propio de la modernidad capitalista ha sido la barbarie social. Las últimas décadas han testificado un avance inusitado de la ciencia y la tecnología, un incremento en la potencialidad del trabajo humano y de la procreación de capacidades para alimentar, educar, sanar y mejorar la calidad de vida (si esa expresión vale) de la mayoría de la población en el planeta. No obstante, la organización social prevaleciente no está orientada a ese propósito, por lo que aún prevalecen fenómenos degradantes de la condición humana y formas de destrucción de la naturaleza. La mortificación, en tanto muerte lenta del trabajador, supone un crimen social, en tanto que la proliferación de la violencia criminal significa la connivencia de los poderes estatales y capitalistas con grupos armados que buscan apropiarse de flujos de ingreso a costa de atentar contra la sociedad y la vida concreta de miles de personas.

En el México de hoy se agitan los hilos superestructurales para imponer una nueva hegemonía política transexenal, pero sin trastocar las bases estructurales que imponen las pautas de precarización laboral, el ascenso de la criminalidad, la migración forzada, el empobrecimiento, el exceso de muertes prevenibles, etcétera. La política de militarización, la austeridad neoliberal y el asistencialismo son dispositivos políticos para administrar la mortificación social, con alta rentabilidad política.

Así, en su momento culminante, el libro recupera testimonios de viva voz, al tiempo en que se hace un ejercicio de reflexión sobre el trabajo de escritura basado en la investigación, transcripción y enunciación de dos hechos verídicos de la realidad de sectores subalternos que sucumben, resisten o luchan. En primer término, se rememora el caso de los 43 desaparecidos en la localidad de Ayotzinapa, Guerrero, en 2014, según un sobreviviente. En el imaginario social se ha dictaminado que el hecho fue un crimen de Estado, aún sin resolución, entre cuyos detonadores estaría la desatención a la educación de sectores populares, como las normales rurales donde estudian hijos de campesinos pobres, y, en otro sentido, la incidencia de grupos delictivos asociados a aparatos policiales que resguardan centros de cultivo y rutas de trasiego de drogas con destino a Estados Unidos. Según una de las hipótesis, la toma y uso de un camión del transporte que podría haber contenido una carga de enervantes ocasionó la persecución y desapa-

rición de estudiantes que sólo se preparaban para ir a una marcha en conmemoración al 2 de octubre. En segundo lugar se transcribe el caso de un joven que habría desempeñado varias funciones dentro de una organización criminal en pos de acceder a un ingreso, poder y prestigio que de otro modo le serían negados, pero su experiencia remite no sólo al submundo del lumpenproletariado, sino a la exacerbación de la violencia como norma de vida y muerte, donde las fronteras de una y otra cosa se diluyen. Por si fuera poco, el autor alude a su experiencia personal al compartir reflexiones en torno del ejercicio de la escritura del libro y las resonancias de las violencias en su trabajo.

La publicación de estos testimonios, más que un botón de muestra, son representaciones textuales de las condiciones de vida y trabajo, vida y muerte, de jóvenes con experiencias de vida situadas en las antípodas, pero pertenecientes a las clases, grupos o comunidades subalternos, los cuales son explotados, despojados y oprimidos, y de alguna forma se debaten entre la subordinación al poder del Estado y el capital (cooptación, obediencia ciega) y la política de emancipación (concientización, acción; autonomía e independencia).

Particularmente, se trata de la condición de una juventud sin futuro, de una juventud que más que adherirse a una cohorte generacional, haciendo tabla rasa de la heterogeneidad social, expresa una condición sociocultural y económica política de subalternidad, en la que los derroteros son inciertos: *a)* ingresar a una educación superior restrictiva sin garantías de movilidad social; *b)* trabajar en empleos mayormente precarios; *c)* insertarse en las filas de la criminalidad con la promesa de dinero fácil a riesgo de matar o morir; *d)* o emigrar hacia otras latitudes, en concreto a Estados Unidos.

Con todo, el tiempo de excepción que explora y testifica el libro no resulta desalentador, porque nos impulsa a abandonar la zona gris de la indefinición y el conformismo, la indiferencia y resignación, porque nos estimula, a sus lectores, a resignificar la política como una pasión por la vida desde la subalternidad, la juventud y la universidad.

